

# LA IDEA DEL MOTOR INMOVIL A PARTIR DE LAS DOCTRINAS FUNDAMENTALES DE ARISTOTELES

por JOSE MARIA LASO GONZALEZ

Llamo «doctrinas fundamentales de Aristóteles» aquellas que utiliza Aristóteles como principios para entender y explicar el universo y realidades particulares dentro del todo.

Estas doctrinas fundamentales las expone Aristóteles en los tratados que nos han llegado agrupados bajo los títulos *Physica* y *Metaphysica*, y pueden distinguirse como doctrinas físicas y metafísicas mientras nos movamos en la obra de Aristóteles. Empleando esta distinción: las doctrinas físicas fundamentales de Aristóteles son su explicación del cambio y su idea de naturaleza (*physis*); las doctrinas metafísicas fundamentales de Aristóteles convergen en la comprensión del ser mediante la teoría del acto y la potencia, la teoría de la forma y la teoría de la sustancia.

El motor inmóvil es una de las realidades que, basándose en sus doctrinas físicas y metafísicas fundamentales, Aristóteles encuentra y trata de entender y explicar. En el libro VIII de los *Physica* y en el libro XII de los *Metaphysica*, expone Aristóteles este tema. Llega en cada uno de estos libros a conclusiones diferentes: en *Phys.* VIII, configura al motor inmóvil como una fuerza física que, en contacto con la periferia del universo, es causa eficiente del movimiento circular de éste; en *Metaphys.* XII, el motor inmóvil es el acto de pensarse a sí mismo que, siendo transcendente y la realidad más perfecta, produce el movimiento circular de los astros como objeto de conocimiento y deseo, esto es, como causa final objetiva <sup>1</sup>.

---

1. A esta conclusión llego por el análisis de los textos en un artículo que está para ser publicado en la *Revista de Filosofía* (C. S. I. C., Madrid).

Ahora bien, ¿cuál es la naturaleza o atributos del primer motor lógicamente coherente con las doctrinas físicas y metafísicas fundamentales de Aristóteles? Esta es la cuestión que nos proponemos estudiar en el presente trabajo.

I. *Las doctrinas físicas fundamentales de Aristóteles conducen a un motor inmóvil que es fuerza física, inmanente al universo y causa eficiente del movimiento.*

Desde el momento en que Aristóteles acepta la existencia de una ciencia «sobre la naturaleza», acepta el supuesto fundamental de los filósofos que él llama «físicos»<sup>2</sup>: «como es evidente por inducción, los seres naturales todos, o algunos al menos, están sometidos al cambio»<sup>3</sup>, «porque la naturaleza es cierto principio y causa del moverse y estar en reposo en aquello en que está presente primariamente por sí mismo y no accidentalmente»<sup>4</sup>. La existencia de la naturaleza, como la existencia del cambio, es algo cuya demostración es innecesaria porque es un hecho evidente: «Pero intentar demostrar que existe la naturaleza es irrisorio, pues es evidente que muchas de las cosas que existen son tales»<sup>5</sup>.

Estos son los pilares sobre los que edifica Aristóteles sus *Physica*: primero, el postulado de la existencia del cambio; segundo el postulado de la existencia de seres naturales, esto es, de seres que tienden por ser tales a cambiar en cierto sentido, a diferencia de los seres artificiales que tienden a moverse no según lo que son sino según aquello de lo que están hechos. Naturaleza y cambio, y ambos mutuamente implicados, son los conceptos y realidades inmediatas que han de analizar los *Physica*.

De este análisis surge: el descubrimiento de las cuatro causas, puesto que la naturaleza es principio en toda realidad capaz de movimiento; la cuestión de lo infinito y lo continuo, porque continuo es el movimiento; la determinación de qué y cómo sean el lugar y el tiempo, porque el movimiento es algo que se da en el espacio y el tiempo es algo del movimiento; y, por fin, el problema del «de dónde» último del movimiento y el hallazgo de que es necesario que exista algo motor inmóvil, puesto que existe la naturaleza y el cambio.

¿Cómo dentro de este análisis físico de la naturaleza y del cambio habría podido Aristóteles llegar a un motor primero que no formara parte de la naturaleza, a un motor que fuera algo más que fuerza física con la única

2. *Phys.* I, 2, 184 b 17; 4, 187 a 12.

3. *Phys.* I, 2, 185 a 12-20.

4. *Phys.* II, 1, 192 b 20-22.

5. *Phys.* II, 1, 193 a 3-5.

misión de provocar el cambio? Únicamente habría podido llegar a un motor tal por uno de estos caminos: o por medio de un salto desde el análisis físico del cambio al análisis metafísico, o buscando en la naturaleza misma la necesidad de que un demiurgo dotara a los seres naturales del sentido constante que tienen por sí mismos en cuanto principio de movimiento.

1. Para que Aristóteles hubiera podido llegar a partir del análisis del cambio hasta un ser totalmente en sí, que siendo independiente del mundo de la naturaleza sin embargo fuera su razón de ser, tendría que haber analizado el cambio como hecho cuya existencia habría que explicar.

El cambio, bien lo comprendió Sto. Tomás, es el hecho experimental que más a las claras deja ver en los seres que lo sufren la insuficiencia en orden a la existencia. Las tres primeras vías de Sto. Tomás tienen valor demostrativo indudable para probar la existencia de Dios, porque parten en última instancia de la insuficiencia entitativa de los seres sometidos a cualquier especie de cambio; realidad que aprehende inmediatamente nuestro entendimiento en el hecho experimental del cambio. Cada una de las tres vías toma como punto de partida un aspecto distinto de la insuficiencia de los seres naturales en orden a la existencia: la primera, parte de la incapacidad radical del ser que cambia para darse él a sí mismo su cambio, y por tanto su existencia cambiante; la segunda, parte de la incapacidad radical del ser que cambia para dar la existencia a otro ser por no tener él la existencia por sí mismo; y la tercera, del absurdo que implicaría el que existiera con necesidad absoluta un ser penetrado por el cambio y que por tanto pudo no existir. Todos estos argumentos terminan necesariamente en un ser distinto del mundo de los seres naturales; no en un origen del cambio que se mueva a sí mismo o sea inmóvil, sino en un ser que existe por necesidad y es causa de la existencia precaria de los seres naturales. El proceso discursivo que termina en este ser, considera la imposibilidad de una cadena infinita de motores movidos, causas eficientes causadas, o seres contingentes, en cuanto que la serie, lo mismo que cada uno de los eslabones, sería radicalmente insuficiente en orden a su existencia. Es, por tanto, un análisis metafísico de los seres naturales que se manifiestan sometidos al cambio a la vez que principios de él, el que exige la existencia de un ser distinto del mundo; separado de él ontológicamente, porque tiene que ser razón de la existencia de ese conjunto de cosas que pueden ser o no ser.

El origen de estas tres vías, que utilizó Sto. Tomás para demostrar la existencia de Dios, ha sido buscado por los exégetas en Aristóteles; pero más en *Metaphys* XII, 6, que en *Phys* VIII <sup>6</sup>. La razón de ello es clara: a

6. Después del artículo del P. Geny, *A propos des preuves thomistes de l'existence de*

partir de los análisis que hace Aristóteles en *Phys VIII* del hecho natural del movimiento eterno, de ningún modo se puede llegar a un Dios transcendente, que existe por sí y hace existir las demás cosas.

Es verdad que hay un pasaje en *Phys VIII* en que Aristóteles parece decir que la existencia contingente de algunas cosas exige que algún ser exista necesariamente. Es en el capítulo 6; capítulo, en el que, como ya vimos, da Aristóteles el paso fundamental hacia el motor primero inmóvil y eterno fundándose en la eternidad del movimiento. Dice Aristóteles: «Pero admitase, si alguno así lo quiere, que sea posible que algunos seres puedan ser y no ser sin generación y corrupción... Y que de los principios inmóviles pero motores algunos ahora sean y ahora no sean; admitase como posible también esto. Sin embargo es imposible (admitirlo) respecto a todos. Pues es evidente que hay alguna causa para los que se mueven a sí mismos del ahora ser y ahora no... Del que unas cosas vengan a ser y otras perezcan, y del que esto suceda continuamente, ninguno de los seres inmóviles pero no eternos puede ser la causa, ni tampoco una sucesión de tales seres... Es evidente pues que, aunque muchas veces algunos de los principios inmóviles pero motores, y muchos de los que se mueven a sí mismos perecen y otros los suceden, y aunque esto siendo inmóvil mueve a esto otro y así, sin embargo no menos existe algo que abarca (a todos esos), y esto es aparte de cada uno, lo cual es causa del que unas cosas sean y otras no y del cambio continuo...»<sup>7</sup>.

Mediante estas frases parece estar exponiendo Aristóteles la prueba de la existencia de Dios fundada en la contingencia entitativa que denuncia la mutabilidad de los seres naturales. Y así sería sin posible duda, si la proposición —«Del que unas cosas vengan a ser y otras perezcan y del que esto suceda continuamente ninguno de los seres inmóviles pero no eternos puede ser la causa ni tampoco una sucesión de tales seres...»— fuera justificada por Aristóteles advirtiéndole que lo inmóvil pero no eterno, por tener que haber venido a ser, implica la misma contingencia que los seres de cuya existencia se intenta dar razón. Pero la forma de justificar Aristóteles aquella proposición tiene un carácter muy distinto; pone en claro, cómo lo que problematiza al hablar de seres que comienzan y dejan de existir no es la existencia como «actus essendi», sino el comienzo de la existencia como término «a quo» de un movimiento.

---

*Dieu*. *Révue de Philosophie*, 1924, pp. 575-601, se ha escrito mucho sobre estas tres vías y en particular sobre la tercera; a la vez, se han estudiado las relaciones entre las pruebas de Sto. Tomás y las de Aristóteles, el fundamento de las de aquél en las de éste. Cf. Leet Patterson, *The argument from motion in Aristotle and Aquinas*. *The new Scholasticism*, 1936, pp. 246 y ss.; H. Holstein, *L'origine aristotélicienne de la "tertia via" de Saint Thomas*. *Revue philosophique de Louvain*, 1950, pp. 334 y ss.; V. Chambat, *La "tertia via" dans Saint Thomas et Aristote*. *Revue Thomiste*, 1952, pp. 337 y ss.; etc.

7. *Phys. VIII*, 6, 258 b 16 - 259 a 5.

Estas son las palabras con que Aristóteles justifica aquella proposición y que escribe a punto seguido de ella: «Pues de la eternidad y continuidad (del movimiento) ni cada uno de ellos ni todos juntos pueden ser causa; pues esta relación (causal) es eterna y necesaria y ellos son un conjunto indefinido y no existen todos a la vez»<sup>8</sup>. Son estas las palabras que nos aclaran el sentido del razonamiento de Aristóteles: supuesta la existencia del movimiento eterno, no plantea ningún problema el que existan siempre cosas que se mueven o producen movimiento; lo que aquí trata de resolver Aristóteles es el hallazgo de uno de los elementos que todo movimiento, y por tanto también el movimiento eterno, precisa: el motor<sup>9</sup>. Excluye, como posible solución, a los motores que, aún siendo inmóviles, ahora existen ahora no; porque un movimiento eterno exige una relación causal eterna con su motor, que, a su vez, tendrá que ser eterno. Y excluye también, como solución posible, una cadena de motores que, sucediéndose indefinidamente, produjeran el movimiento eterno; porque la continuidad del movimiento eterno exige continuidad y necesidad en la relación del motor al movimiento. De ahí que concluya Aristóteles su razonamiento en estos términos: «Si, pues, el movimiento es eterno, el primer motor también será eterno, si es uno...»<sup>10</sup>. Así, pues, aun en este pasaje, en que Aristóteles parece analizar el movimiento como manifestación del ser y no ser de lo mutable para elevarse hasta un ser necesario y trascendente, lo que en realidad hace, es excluir como causa del supuesto movimiento eterno, cuya causa eficiente busca, a todo motor inmóvil que ahora exista ahora no.

Lo mismo que en este pasaje pero sin posible duda ocurre en todo *Phys* VIII; en todo momento Aristóteles analiza el hecho físico del movimiento sin interés ninguno por penetrar a través de él en la contingencia de los seres que se mueven o en la insuficiencia entitativa de los motores movidos. El punto de partida —algunas cosas unas veces se mueven y otras están en reposo— lo acepta como dato experimental<sup>11</sup> sin más discusión que la exclusión de otras posibilidades. El análisis del principio de heteronomía del movimiento es también puramente experimental<sup>12</sup>. El ascenso hasta un motor primero que se mueve a sí mismo o es inmóvil, a través de una serie de motores, fundado en el anterior principio, no es ontológico, sino físico; en la serie un motor es anterior a otro no ontológicamente, en cuanto ser en acto que actualiza en otro ser un modo de existir potencial,

8. *Phys.* VIII, 6, 258 b 29-32.

9. *Phys.* V, 1, 224 a 34; VIII, 4.

10. *Phys.* VIII, 6, 259 a 6-7.

11. *Phys.* VIII, 3, 254 a 35.

12. *Phys.* VIII, 4.

sino dinámicamente <sup>13</sup>: un motor es anterior a otro motor en una cadena de motores en cuanto que el primer motor es una energía cinética que de hecho convierte la energía potencial de un ser distinto en otra energía cinética. El único pasaje de *Phys.* VIII en que Aristóteles se vale del término «enérgēia» para referirse al motor en general, conduce claramente a la idea expuesta de que la prioridad de un motor sobre otro, en este libro, es ante todo una prioridad dinámica: «Además se ha determinado que lo móvil se mueve y esto se mueve en potencia y no en acto (entelégeia); y lo en potencia va hacia el acto (entelégeia). Es el movimiento (enérgēia) acto inacabado de un móvil. Y el motor ya es acto (enérgēia): así, calienta lo caliente...» <sup>14</sup>. De acuerdo con esta visión puramente física del ser motor está la idea de que el cambio de lugar es anterior a todo otro cambio, anterior incluso a la generación y corrupción, lógica, cronológica y ontológicamente <sup>15</sup>.

La razón de que Aristóteles analice el aspecto dinámico del cambio para llegar al motor primero, y de que no intente llegar al mismo fijándose en la insuficiencia entitativa de los seres que cambian, es su concepción de un mundo limitado y eterno penetrado por el movimiento.

El mundo tiene en sí mismo la razón de su existencia para Aristóteles. El paso del no ser absoluto al ser, y viceversa, sin una materia preexistente e imposible de aniquilar, es algo que jamás pasó por la mente de Aristóteles <sup>16</sup>. Pero quizá no baste la eternidad de la materia para que la existencia del mundo natural quede justificado; también opina Platón que la materia es eterna, y, a pesar de ello, afirma que el mundo ha tenido un comienzo <sup>17</sup>. Sin embargo, advierte Aristóteles en otro lugar —refiriéndose sin duda a Platón y a algunos de sus discípulos <sup>18</sup>— lo que éstos consideran materia eterna a partir de la que habría sido hecho el mundo, no es la materia simplemente, sino la privación de las formas; aceptan el dilema

---

13. R. Leet Patterson, *The argument from motion in Aristotle and Aquinas*, *The new Scholasticism*, 1936, pp. 245 y ss., cree, que mientras Santo Tomás en la primera vía asciende hasta el Primer Motor por una cadena de motores en la que cada motor es ontológicamente anterior al siguiente, para Aristóteles cada motor es anterior al siguiente «temporalmente» (p. 249); esta prioridad temporal está expuesta por Aristóteles expresamente en *Phys.* VIII, 10, 267 a 2-12. Sin embargo esta prioridad temporal de cada motor respecto a su movido y motor, o solamente movido, es algo accidental; la prioridad es esencialmente dinámica como se puede advertir en el pasaje citado y en todo *Phys.* VIII.

14. *Phys.* VIII, 5, 257 b 6-10.

15. *Phys.* VIII, 6, 259 b 32-260 a 11; 7, 260 a 26-261 a 23.

16. Esto está bien claro en *Phys.* I, 9, 192 a 25-33, donde, bajo la apariencia de una demostración, lo que Aristóteles hace es asentar sin posible discusión el principio «de la nada nada es hecho». Cf. *Phys.* I, 8, 191 b 10, etc.

17. *De Caelo* I, 10, 280 a 26-30; en este pasaje cita Aristóteles el *Timeo*; Cf. Platón *Timeo* 30 e y ss.

18. *Phys.* I, 9, 191 b 35-192 a 12.

de Parménides<sup>19</sup> y escogen el segundo miembro (el mundo ha sido engendrado del no ser) sin advertir que el dilema no es completo. Basta con distinguir la materia (hyle) de la privación de formas (stéresis), y advertir que la materia solamente es no ser accidentalmente; pues de alguna manera la materia es «ousia»; mientras que la privación es en sí misma un no-ser. La materia, pues, que según Aristóteles ha de preexistir a todo cambio y que es imposible aniquilar, es algo real y su existencia es necesaria; es imposible que en algún tiempo no haya existido o no exista.

Pero aun admitiendo la existencia necesaria de la materia, ¿es suficiente este ser necesario para justificar la existencia de las cosas que pueden ser y no ser? La materia según Aristóteles es un correlativo de la forma<sup>20</sup> y por otra parte desea la forma de que está privada<sup>21</sup>; por esto la materia «prima» en ningún caso existe como tal, sino que coexiste siempre con los otros dos principios constitutivos de todas las cosas, la forma y la privación<sup>22</sup>. De ahí que también las formas son eternas; el resultado de generación no es la forma como tampoco lo es la materia sino la unión de materia y forma<sup>23</sup>. Los seres concretos comienzan a existir y dejan de existir; pero la forma como tal, o forma «específica» existe ya antes que el ser concreto en que se realiza; y cuando este perece, continúa aquella existiendo en otro ser. De este modo son eternas las formas; realizándose sucesivamente, sin comienzo, sin fin y sin interrupción, en los seres naturales concretos. Siendo a su vez causa de que seres de esa misma especie sigan viniendo a la existencia, pues el hombre engendra al hombre<sup>24</sup>.

La materia es eterna, existe necesariamente y su eternidad y necesidad exige la eternidad y necesidad de las formas; pero aun así es necesario volver a insistir en la pregunta fundamental. ¿La eternidad de la materia y las formas justifica la existencia de cosas que comienzan a ser y dejan de ser? La materia desea la forma, sin ella no tendría realidad; pero en ningún pasaje dice Aristóteles que sea la materia principio de corrupción o que la materia desee la forma contraria. La forma por su parte es causa eficiente de los seres, que vienen a ser por la generación; lo es además en otras ocasiones; en general, entre lo que mueve siendo movido<sup>25</sup>.

Si se quiere justificar la existencia de cosas que comienzan a ser y dejan

19. «Lo que es engendrado, o a partir del ser o a partir del no ser es engendrado» Cf. *Phys.* I, 8, 191 a 24 y ss.

20. *Phys.* II, 2, 194 b 8.

21. *Phys.* I, 9, 192 a 16-25; II, 1, 193 a 28-30; 8, 199 a 30-32, etc.

22. *Phys.* IV, 9, 21-26; 2, 209 b 22-24 y 4, 211 b 36; 7, 214 a 14-16. Cf. *Phys.* I, 7, 190 a 13 y ss.; b 17-22; *De Caelo* IV, 5; *De Gen et Corr* I, 6 y II passim.

23. *Metaphys.* VII, 8, 1033 a 24-b 18; VIII, 3, 1043 b 14-18.

24. *Metaphys.* VII, 8, 1033 b 19-1034 a 8; 9, 1043 b 8-19.

25. *Phys.* II, 7, 198 a 24-28; Cf. *Phys.* II, 1.

de ser, quedan varias cuestiones que no se resuelven, aun admitiendo la eternidad de la materia y de la forma, y el que ésta sea principio de generación. En primer lugar, aunque la forma sea entre los seres naturales causa eficiente, algo tiene que existir que la determine a producir en unas ocasiones y no en otras; si ella misma se bastara, puesto que es acto, estaría siempre produciendo <sup>26</sup>. Por otra parte, ¿cuál sería la causa de la «corrupción»? En una ocasión Aristóteles dice que el tiempo sólo es causa accidental; lo más propio sería decir que la destrucción se da en el tiempo <sup>27</sup>. De éste modo queda sin explicar el comenzar a ser y dejar de ser de los seres naturales por más que sean eternos y existan necesariamente materia y forma; es necesario que exista algo más promoviendo como causa eficiente la generación y la destrucción de los seres naturales. Pero hay más, es necesario que esa causa eficiente de la generación y destrucción sea eterna como lo es la generación y corrupción; pues cualquier ser que pudiéramos considerar cronológica y ontológicamente como primer eslabón en la cadena de generaciones, ¿acaso no hubiera venido al ser precedido de un cambio producido por otro ser compuesto de materia y forma, puesto que del no ser nada procede? <sup>28</sup>. Y lo que pudiéramos considerar como último eslabón cronológica y ontológicamente de la cadena de generaciones y destrucciones, ¿no dará lugar con su destrucción a otro ser compuesto de materia y forma puesto que al ser siempre le seguirá el ser y nunca la nada? <sup>29</sup>.

Hay pues que buscar la causa eficiente que determina a las causas formales a la producción de los seres naturales durante todo tiempo. Aun no teniendo principio ni fin la existencia de la materia, de las formas y de la generación y corrupción, aun siendo eterno el mundo, quizá se pudiera llegar a deducir que aquella causa eficiente, que determina a las formas a la producción de los seres naturales, fuera una realidad existente por sí misma, concurrente a la acción de los compuestos de materia y forma, y fundamento ontológico de la materia y formas eternas <sup>30</sup>. Pero Aristóteles no podía llegar a ésta solución de ningún modo, una vez que ha aceptado como axiomático que del no-ser nada es hecho, y, por tanto, que la materia y las formas tienen en sí mismas la razón de su existencia. Una causa efi-

26. *De Gen et Corr.* II, 9, 335 b 8 y ss.; en este pasaje advierte Aristóteles el absurdo que sería hacer de las formas causa suficiente de la generación, atribuyendo esta doctrina a Platón. Cf. *Phaedo* 96 a-99c y 100 b-101 e.

27. *Phys.* IV, 222 b 19-26. W. D. Ross, en su *Aristotle's Physics*, Oxford, 1960, Commentary, p. 610, refiriéndose a la línea 24 comenta que según Aristóteles el tiempo es causa de la destrucción; como en el caso de la muerte por vejez, en cuanto opuesto a la muerte por violencia.

28. *Phys.* VIII, 1, 251 a 11-b 10.

29. *De Caelo.* I, 10, 279 b 17-31 y ss.; *Phys.* I, 9, 192 a 32-34.

30. Cf. Sto. Tomás, *In. VIII Phys.* 1, 2; *Sum. Teol.* I q. 46 a 1.



ciente que justificara la existencia de la materia y de las formas y cuyo concurso simultáneo fuera ontológicamente necesario para que el hombre produjera al hombre, contradiría la doctrina de Aristóteles sobre la materia, la forma y la generación.

Sin embargo es preciso, como veíamos, el mismo Aristóteles lo advierte, que una causa eficiente determine a las formas realizadas en la materia a producir otros seres específicamente iguales. Si, por una parte, tiene que existir una causa eficiente que ha de determinar a las formas a producir cada ser natural que comience a ser, porque de lo contrario no habría razón para que comenzaran a existir las cosas en determinado momento, ni habría razón para que dejaran de ser; si, por otra parte, la acción de producir el nuevo ser toda ella procede de las formas realizadas en la materia; y si, por último, las formas y la materia son eternas y tienen en sí la razón de su existencia; no tiene Aristóteles otra solución que reducir la causalidad de aquella causa eficiente a una acción mecánica y equívoca respecto a la producción de un nuevo ser. No puede en ninguna medida dar el ser a las formas, que son eternas y tienen en sí la razón de su existencia, ni al nuevo ser, producido totalmente por las formas realizadas en la materia; la acción de aquella causa eficiente tiene que reducirse a proporcionar a las formas las circunstancias <sup>31</sup> propicias para que ellas, las formas, produzcan el nuevo ser natural; por esto la causalidad de aquella causa eficiente ha de ser mecánica simplemente. Será también causa equívoca de la producción, ya que el ser natural producido no tiene por qué ser formalmente semejante a ella, y sí, en cambio, a la forma que lo ha producido y que por lo mismo será su causa eficiente unívoca.

Y tal es, en efecto, la solución que da Aristóteles al por qué los seres naturales son engendrados y se corrompen en determinados momentos: una causa eficiente que está siempre actuando y cuya causalidad es mecánica y equívoca respecto a la naturaleza de lo engendrado. Halla Aristóteles una causa de éste tipo en el movimiento de los astros. La experiencia sensible atestigua el influjo que tiene la sucesión de las estaciones en la generación y destrucción de los seres vivos, en particular de las plantas; también es dato de experiencia que la continua, y por tanto eterna, sucesión de las estaciones resulta de las relaciones de situación en flujo constante entre el sol y la tierra. Aristóteles, sin una investigación más

---

31. Y no sólo cada sustancia individual completa, sino también cada cambio cualitativo o cuantitativo tienen como causa «per se» y principal la forma del ser que produce el movimiento; «Y siempre tendrá en sí el motor cierta forma («eidos»), bien sea una naturaleza sustancial («tóde») o una cualidad o una cantidad, que será principio y causa del movimiento, cuando moviere; así, el hombre en acto («entelégeia») hace un hombre del hombre que existe en potencia («dynaméi óntos»)). *Phys.* III, 2, 202 a 9-12.

profunda, acude al movimiento aparente de translación del sol en torno a la tierra, para explicar mediante el cambio constante de posiciones de aquel respecto a ésta el constante alternarse la generación y la destrucción<sup>32</sup>. Al acercarse el sol a la tierra produce calor; al estar lejos, frío. Calor y frío son las condiciones que predisponen la transmutación de un elemento en otro; y como son los elementos causa material de todos los seres naturales, son el calor y el frío, producidos por el sol al acercarse y alejarse de la tierra, causa eficiente de la continua sucesión de la generación y corrupción<sup>33</sup>. Si no se diera esta sucesión de posiciones del sol respecto a la tierra, cada elemento permanecería en su lugar natural y la generación y corrupción no se darían<sup>34</sup>. Ahora bien, no es el calor emitido por el sol la causa última de la generación, sino el movimiento del sol; pues el calor y el fuego que rodea el sol y llega a la tierra es un efecto del movimiento del sol; el sol y lo mismo los demás astros, al moverse rapidísimamente, rozan el aire que los envuelve y lo calientan hasta el punto de convertirlo en fuego<sup>35</sup>.

De ahí que Aristóteles defienda la prioridad en todo orden del cambio de lugar respecto a cualquier otro cambio, y en particular respecto a la generación y destrucción. Todos sus argumentos vienen a incidir en un mismo motivo: el único cambio que puede ser continuo es el de lugar; sólo esta clase de cambio cuando es circular carece de contrario que pueda destruirlo; todos los demás, y en particular el de la generación y corrupción, son propios de seres que comienzan a ser y, dejan de ser; la serie de generaciones y corrupciones será eterna, pero cada generación y corrupción es un movimiento numéricamente distinto que se realiza en un tiempo limitado<sup>36</sup>.

Con esto último queda del todo manifiesto en qué haya de consistir la acción de la causa eficiente de la generación y destrucción. Además del constante alternarse la generación y la destrucción como efecto del constante cambio de situación del sol respecto a la tierra, el movimiento de los astros hace también que la serie de generaciones y corrupciones sea continua y eterna. Este último efecto Aristóteles se lo atribuye a la «esfera de las estrellas fijas»<sup>37</sup>.

32. *De Gen. et Corr.* II, 10, 336 b a 25-b 24.

33. *Meteorol.* I, 2, 339 a 21 y ss.

34. *De Gen. et Corr.* II, 11, 337 a 7-15.

35. *De Caelo.* II, 7, 289 a 19-33. Para todo este tema véase además *Meteorol.* I, 2 y ss. La corrupción de un ser natural que ha venido al ser por generación la justifica también Aristóteles en *De Caelo.* I, 12, 281 a 28 y ss., con argumentos de razón, analizando las relaciones que hay entre lo «engendrado» y lo «perecedero» y lo «no engendrado» y lo «no imperecedero» cuya significación ha expuesto antes; por otra parte, en el cap. 10, 279 b 18-21, recurriendo a la experiencia, ha afirmado que todo lo que nace parece.

36. *Phys.* VIII, 7, 260 a 26-261 a 26; *De Gen. et Corr.* II, 10, 336 a 20-25.

37. Además del pasaje antes citado de *Gen. et Corr.* II, 10, 336 a 25-b 24. Cf. *Phys.*

De este modo queda explicada, sin salir del mundo, la existencia contingente de los seres naturales que pueden ser y no ser, y que por cumplir ambas posibilidades comienzan a ser y dejan de ser. El mundo no necesita de una causa ni un fundamento ontológico extramundano para existir, porque es eterno. Eterno según la doctrina de Aristóteles es aquello que existe necesariamente sin que su existencia dependa de una causa anterior<sup>38</sup>; la eternidad no implica inmutabilidad en cuanto al lugar, sí en cuanto a la esencia<sup>39</sup>; y en general, para Aristóteles eterno es aquello que no puede no existir<sup>40</sup>. El mundo sensible es constitutivamente eterno porque lo son la materia, las formas e incluso los elementos; en su eternidad está la razón de ser de los seres individuales sometidos a la generación y destrucción. Ahora bien, aunque la causa eficiente propia de cada ser natural que es engendrado sea la forma realizada en otro ser específicamente igual, no es suficiente con esto; es necesario que exista además algo que determine los momentos de la generación y corrupción, y que esté determinado constantemente sin principio y sin fin; una causa del movimiento indefinidamente consecutivo de generación y corrupción; esta causa será otro movimiento, pero un movimiento eterno, el de lugar en círculo, al que están sometidos los seres celestes.

Con esto quedaría del todo explicada la existencia contingente de los seres que comienzan a ser y dejar de ser, si fuera posible para Aristóteles concebir un movimiento eterno sin motor. Pero no lo es; aunque el movimiento de los astros no pueda no existir por ser eterno, sin embargo necesita una causa, y ésta no movida para no retrotraer el mismo problema sin motivo. Este es el puesto y la misión que ocupa el motor inmóvil en el pensamiento de Aristóteles partiendo de sus principios físicos: producir el eterno movimiento espacial de los astros; un movimiento eminentemente físico y mecánico, que a su vez produce en los seres naturales algo también físico, circunstancias favorables para la generación o destrucción.

Siendo éstas las doctrinas «físicas» fundamentales de Aristóteles, ¿cómo habría podido, siendo consecuente con ellas, llegar hasta su primer motor analizando el cambio, incluso el de lugar, como manifestación de la precariedad entitativa de lo que se mueve? Y si, fiel a sus principios, cons-

---

VIII, 6, 260 a 1-10 (véase W. D. Ross *Aristotle's Physics*. Commentary, p. 708, para la lectura de las líneas 5-7) y *Metaphys.* XII, 1072 a 9-18. Al ser causa el movimiento eterno de los astros de una serie continua y eterna de generaciones y corrupciones, ya no es causa del todo equívoca, porque la causa hace existir fuera de sí una cualidad que posee en sí, eternidad de movimiento. Sin embargo siguen en pie las reflexiones que antes hicimos, pues el ser natural, lo que es engendrado y destruido, no posee esta cualidad.

38. *De Caelo*. I, 10, 279 b 21-31.

39. *Phys.* VIII, 7, 261 a 20-23.

40. *De Caelo*. I, 10-12; *Phys.* VIII, 1.

triñe su análisis al aspecto físico del movimiento y llega por este camino a la necesidad de que exista una realidad inmóvil, que desempeñe únicamente la monótona misión de cambiar mecánicamente de lugar a los astros o a sus esferas, ¿cómo podría caracterizar a este motor, si no es como una fuerza física que en contacto con su movido es causa eficiente del movimiento?

A pesar de todo, Aristóteles quizá hubiera podido caracterizar en *Phys* VIII al primer motor, como un ser subsistente cuya actividad psíquica diera lugar al movimiento universal, sin para ello tener que recurrir a una causalidad final, a una moción: una mente divina capaz de promover la actividad física; de manera semejante Anaxágoras pensó la naturaleza y función del «noûs»<sup>41</sup>. Hubiera quizás podido Aristóteles hacer de su motor inmóvil eterno un alma eterna del mundo que fuera causa eficiente del movimiento circular, a la manera del alma del mundo que ideó Platón<sup>42</sup>. Hubiera podido, por fin, intentar descubrir en su primer motor la forma o principio sustancial activo, que unido a la materia constituyera el mundo.

Cualquiera de estas tres posibilidades, sin embargo, hubiera contradicho las líneas fundamentales de la doctrina de Aristóteles; no hay, por otra parte, huella expresa de ninguna de ellas en la obra de Aristóteles. No es posible pensar que pasara por la mente de Aristóteles la idea de que el primer motor pudiera ser «la forma» constitutiva del universo; ¿qué sería de toda su doctrina sobre la «ousía»? Además, la existencia del primer motor inmóvil está exigida para Aristóteles por la necesidad de una causa del movimiento eterno; pero las formas, según Aristóteles, aunque sean causas eficientes, no dan origen al movimiento<sup>43</sup>. Esto último, pero con más razón, había que objetar a la explicación del motor inmóvil como una forma separada que fuera alma del mundo; Aristóteles no entiende cómo las formas separadas puedan, no ya dar origen al movimiento, pero ni siquiera ser causas eficientes en ningún sentido<sup>44</sup>. Por fin, la concepción del «noûs» o del alma como origen del movimiento físico; éstas realidades sólo las concibe Aristóteles en un sujeto concreto constituido en su individualidad por un alma y un cuerpo que se pertenecen mutuamente en la unidad del sujeto<sup>45</sup>. De este modo el alma, y en ella el «noûs», son ciertamente causas de movimiento, pero no del movimiento físico de un cuerpo, sino del movimiento del sujeto. Y no es porque el alma moviéndose a sí misma con movimiento físico haga participar al cuerpo de su movimiento

41. H. Diels, *Die Fragmente der Vorsokratiker*, Berlin 1934-35. Anaxágoras B 12.

42. Platón, *Timeo*, 34 a y ss., 37 a y ss.

43. Véase el pasaje ya citado del *De Gen. et Corr.* II, 9, 335 b 8 y ss.

44. *Metaphys.* I, 9, 991 a 8-11; b 3-7; VII, 8, 1033 b 26-1034 a 5.

45. *De anima.* I, 3, 407 b 16-27.

por la relación que tiene con él <sup>46</sup>, dice Aristóteles refutando las teorías que Platón expuso en el *Timeo*; el movimiento del alma y del «noûs» para Aristóteles es puramente psíquico; el movimiento físico del sujeto compuesto de alma y cuerpo es un resultado físico del movimiento psíquico que realiza ese mismo sujeto <sup>47</sup>.

No queda, pues, a Aristóteles otra solución acorde con sus principios físicos que caracterizar a su primer motor como una fuerza física, «dynamis» activa, «iskhys» <sup>48</sup>, que en contacto con su movido produce en él cambio continuo de lugar. Y de acuerdo con sus principios caracteriza este hipotético motor inmóvil como fuerza infinita, puesto que mueve durante un tiempo infinito, e inextensa, porque si fuera extensa sería infinita en sí misma e infinita en acto, lo cual es imposible <sup>49</sup>. La infinitud de esta «iskhys», en que consiste el primer motor, está exigida por la infinitud por adición del tiempo durante el cual tiene que mover, y fundamentalmente por la misma clase de infinitud del movimiento que tiene que producir <sup>50</sup>.

Una vez más es el movimiento, y sus propiedades, el fundamento sobre el que elabora Aristóteles toda su teoría de *Phys. VIII* sobre el primer motor. Como el movimiento y el tiempo infinitos en que se basa la deducción, la infinitud de la fuerza con que mueve el motor primero es una infinitud por adición; de ningún modo puede ser una infinitud por división ya que el primer motor es inextenso; ni tampoco un infinito en acto, como ya se dijo antes; ¿cómo podría Aristóteles admitir lo infinito en acto si considera lo infinito como cierto «páthos» del número y de la extensión? Así pues, el motor inmóvil, lejos de ser un acto sin rastro de potencialidad y perfecto, tiene que ser algo limitado en acto e infinito en potencia, un constante dejar de ser y comenzar a ser sin faltar en ningún momento <sup>51</sup>.

Tales son las ideas sobre el primer motor consecuentes con los principios de la «física» de Aristóteles; éstas ideas son las que el filósofo expone en *Phys. VIII*: el primer motor inmóvil será una fuerza sucesivamente infinita, que produce como causa eficiente el movimiento continuo de los astros o de la esfera de las estrellas fijas», estando en contacto con el movido. Difícilmente se puede entender este conjunto de ideas como un sistema de teología natural; el mismo Aristóteles debió darse clara cuenta de ello, pues en ninguna ocasión llama dios al primer motor en *Phys. VIII*, ni siquiera lo califica con el epíteto «divino». Sin embargo el pensamiento

46. *De anima*. I, 3, 406 b 26 y ss.

47. *De anima*. III, 9 y ss.

48. *Phys.* VIII, 10; VII, 5, 250 a 4-8; Cf. *Metaphys.* V, 12, 1019 a 15 y ss.; y IX, 1-5.

49. *Phys.* VIII, 10; III, 5 y 6.

50. Cf. *Phys.* VI, 7.

51. *Phys.* III, 6, 206 a 14 y ss.; b 33 y ss. Cf. G. Verbeke, *La structure logique de la preuve du Premier Moteur chez Aristote*. Revue philosophique de Louvain, 1948, pp. 158-159.

filosófico-teológico posterior se inspiró en *Phys.* VIII, y por lo mismo intentó teologizar su contenido; para ello nada mejor que interpretarlo a la luz de *Metaphys.* XII, atribuyendo al primer motor de *Phys.* VIII la causalidad final y la transcendencia que Aristóteles atribuye en *Metaphys.* XII a la «ousía» que es «enérgeia». En realidad, bastaría con atribuir la causalidad final al primer motor de *Phys.* VIII, para tener que predicar en él la transcendencia y dar paso a la caracterización que de él se hace en *Metaphys.* XII, 7 y 9. Sin embargo Aristóteles en *Phys.* VIII considera al primer motor solamente causa eficiente, y de ningún modo causa final; es necesario que así lo hiciera supuesta su doctrina sobre la teleología natural, otra de las principales doctrinas «físicas» de Aristóteles, que a continuación veremos conducir a la misma conclusión respecto al motor inmóvil.

2. El fin del universo, que Aristóteles concibe fundamentalmente como un todo limitado y armónico penetrado por el movimiento eterno, no es algo distinto del universo mismo, ni una parte de él, ni un ser particular dentro de él; el fin último del universo para Aristóteles es la perfección del mismo universo, esto es, de todas y cada una de las cosas que lo constituyen. Y entiende perfección Aristóteles en el sentido de realización o actualización en la existencia de las posibilidades entitativas de cada cosa. El agente que promueve la consecución del fin último del universo es también el universo mismo; el conjunto de los seres que forman el universo en cuanto que procuran la armónica perfección del todo es llamado por Aristóteles naturaleza («physis»). Por consiguiente, el primer motor, lejos de ser la causa final que provoca el movimiento universal como conocido y amado, será agente (si se quiere uno de los principales) natural imprescindible para que la «physis» permanezca siempre logrando su fin último; tendrá como fin la perfección del universo, y no será él causa final del universo.

Que la causa final del universo es la perfección del universo mismo tiene su fundamento en la teoría de las causas. De las cuatro causas tres se reducen frecuentemente a una: pues aquello en que consiste algo («tó tí esti») y aquello por lo que es («tò hoû héneka») son uno; y el principio de donde proviene el movimiento es esencialmente («eidei») idéntico a éstos<sup>52</sup>. Y de tal manera las formas son causas finales, que cuantas cosas existen en la naturaleza se pueden considerar de dos maneras, bien como materia, bien como forma («morphé»), y «ésta es lo acabado ("télós")», y las demás cosas tienen como causa final lo acabado; ésta misma ha de ser

---

52. *Phys.* II, 7, 198 a 24-26.

la causa final»<sup>53</sup>. El fin, por tanto, del universo es que las formas, a pesar del devenir, estén realizadas; o dicho de otra manera, que aquella multiplicitud de seres que integra el universo, esté siempre y en cada caso específicamente realizada. Y no solamente son fines las formas substanciales, sino también las accidentales, como se ve en el arte y en la técnica; la causa final de una obra de arte o de una obra técnica es la realización en una substancia determinada, la madera por ejemplo, de una forma antes ideada por el técnico o artista: una cama<sup>54</sup>. Podría pensarse que a su vez las formas tuvieran otra causa final distinta de ellas mismas; pero a las formas nada les falta de lo que pudieran necesitar en orden al ser, si ya están realizadas en acto<sup>55</sup>.

Ahora bien, el hecho de la generación y corrupción continua nos muestra que los seres naturales concretos son precederos y las formas sólo existen realizadas en los individuos; ¿cómo compaginar esto con la idea de que son las formas las causas finales últimas de todo lo demás? La eterna continuidad de generación y corrupción explica ambos extremos: en el continuo comenzar a ser y dejar de ser de los individuos, la eternidad de las formas queda a salvo sin excluir el hecho de la generación y corrupción; de este modo el «ser» y lo mejor existen continuamente; y es natural que así sea, ya que la naturaleza tiende a lo mejor y es mejor ser que no ser<sup>56</sup>. De este modo resulta equivalente decir que las causas finales últimas del universo son las formas, a decir que la causa final última de universo es la perfección o realización del universo mismo. El motor primero dentro de este sistema doctrinal no puede tener función de causa final.

Sin embargo, podría preguntarse, si los seres naturales están ordenados por sí solos a la perfección del universo, o, por el contrario han sido ordenados a ella por el primer motor; esta segunda alternativa, que prescindiendo del contexto doctrinal de Aristóteles es la más razonable, abriría nuevo camino para poder considerar el primer motor como causa final. En efecto, así como en la obra de arte el fin objetivo es la forma que se quiere realizar en el material empleado, y esta forma está primero en la mente e intención del artista, estando de este modo el fin en el agente, así podría resultar con respecto al universo; supuesto que el primer motor fuera el ordenador de las cosas a su fin, las cosas últimamente tendrían como causa final la perfección del universo y a la vez la idea del ordenador. Aristóteles en alguna ocasión parece atribuir a «dios» este ordenar

53. *Phys.* II, 8, 199 a 30-32.

54. *Phys.* II, 1, 193 a 30 y ss.

55. *Phys.* I, 9, 192 a 20.

56. *De Gen. et Corr.* II, 10, 336 b 25 y ss.

todas las cosas a sus fines; pero el pensamiento que sirve de contexto a estas afirmaciones no las apoya, y por lo mismo resultan desligadas de su esquema doctrinal<sup>57</sup>. La acción de ordenar las cosas a sus fines es atribuida por Aristóteles constantemente a la «naturaleza» y en verdad que esta atribución resulta tan lógica en el conjunto de las doctrinas «físicas» de Aristóteles, como insuficiente en sí misma.

Las formas como ya vimos, no sólo son causas finales sino causas eficientes; en cuanto causas eficientes son «naturaleza»<sup>58</sup>. La naturaleza para Aristóteles es una especie de «daimon» que se posesiona de cada ser natural y lo empuja a buscar, callada pero inexorablemente, la realización de su ser en función del multiforme ser total; la materia como sujeto de esta necesidad, y las formas como preceptoras del sentido del devenir, son los carriles de esa búsqueda<sup>59</sup>.

Aristóteles habla antropomórficamente de la labor ordenadora de la naturaleza, comparándola constantemente a la labor del artista o del técnico: «La naturaleza, como un buen amo de su casa no desprecia nada que pueda servir para algo»<sup>60</sup>. Y esta labor ordenadora de la «naturaleza» es universal, se extiende no sólo sobre el mundo de la generación y corrupción sino también sobre el mundo celeste: «Es seguro que el orden y la constancia aparecen con mucha más claridad en los movimientos celestes que en lo que nos rodea, mientras que la inconstancia y el azar se dan principalmente entre los seres precederos. Hay, sin embargo, quienes afirman que cada uno de los seres vivientes existe y ha sido hecho por la «naturaleza», pero que el cielo ha sido constituido tal como aparece, como resultado del azar y mecánicamente, siendo así que no deja ver ninguna huella de azar ni de desorden»<sup>61</sup>.

La inmanencia de las formas, por tanto, su función de causas eficien-

57. Así, en el pasaje que antes resumíamos, en que habla de la continuidad de la generación y corrupción por ser mejor el ser que el no ser, y donde el tema principal es el movimiento de los astros como causa eficiente de la generación y corrupción continuas, alude a Dios como autor de este orden sin detenerse en tal afirmación ni justificarla. *De Gen. et Corr.* II, 10, 336 b 32. De modo semejante, cuando en el *De Caelo*. está demostrando que un movimiento contrario al movimiento circular sería inútil; apoya su razonamiento con aquella frase famosa «Dios y la naturaleza no hacen nada en vano» *De Caelo*. I, 4, 271 a 33.

58. *Phys.* II, 1, 193 a 28 b 18.

59. Véase el capítulo 9 de *Phys.* II. Véase en *De Caelo*. IV, 4, 331 a 1-6, cómo el estar en determinado lugar es algo que pertenece a la forma de los elementos, y ésta es cierto «daimon» o «naturaleza» que les obliga a moverse hacia ese lugar como hacia su causa final; lo cual es bueno que así sea, por la armonía del todo, como transluce en la doctrina de todo el libro.

60. *De Gen. anim.* III, 2, 744 b 16. Cf. *De part. anim.* IV, 10, 686 a 22 y ss.; *De Caelo*. 291 a 24; b 13, etc., Passim, *Phys.* II, 1, 6, 8 y 9.

61. *De part. anim.* I, 1, 641 b 18-23. En *Eth. Nic.* III, 3, 1112 a 27-34 no admite Aristóteles como causas de los acontecimientos, aparte del espíritu humano, más que la naturaleza, la necesidad y el azar.



tes, y su eternidad, hacen superflua la intervención extramundana de un demiurgo, un alma o un «noûs» que dé comienzo al orden del universo o que mantenga lo que es ya suficiente por sí mismo, pues ese universo es eterno y por tanto (supuestas las implicaciones que lo eterno tiene para Aristóteles) necesario. Para Aristóteles es la «naturaleza» (conjunto de las formas en cuanto principios de cambios en sentidos determinados y armonizados entre sí), el demiurgo que desde siempre y sin fin mantiene el orden <sup>62</sup>. Y la naturaleza cumple su labor ordenadora de modo radicalmente distinto a como pudiera realizarla un demiurgo o un alma o un «noûs» extramundanos; la naturaleza conduce las cosas a sus fines inconscientemente <sup>63</sup>.

Es una solución que Aristóteles no sugiere en *Phys.* VIII, sino que excluye con sus afirmaciones indirectamente, el que el primer motor de *Phys.* VIII mueva como causa final; además es una solución incoherente dentro del esquema conceptual que forman las principales doctrinas «físicas» de Aristóteles. De igual modo, la transcendencia y el ser acto sin huella de potencialidad son atributos sin sentido, predicados del primer motor de *Phys.* VIII, supuestas las doctrinas de Aristóteles sobre el cambio y sobre la naturaleza.

## II. *Las doctrinas metafísicas fundamentales y la naturaleza del motor inmóvil.*

Consideramos a continuación la idea del motor inmóvil tomando como punto de partida las doctrinas metafísicas fundamentales de Aristóteles: ¿Cuáles de los atributos que predica Aristóteles del primer motor en *Phys.* VIII y *Metaphys.* XII son coherentes con sus doctrinas sobre el acto y la potencia, sobre las formas y sobre la substancia?

Es fácil advertir que la demostración de la existencia del primer motor en *Metaphys.* XII, 6 se apoya en la eternidad del movimiento, y en las doctrinas metafísicas sobre la substancia y sobre el acto y la potencia; de ahí que se concluya la existencia de una «ousía» eterna que es «enérgeia». Basado al parecer en esta conclusión describe la naturaleza de esa «ousía» que es «enérgeia» como ser omniperfecto, y transcendente que produce el movimiento como causa final. ¿Es posible llegar a esta conclusión a partir de las doctrinas sobre la substancia y sobre el acto y la potencia que le sirven de fundamento? ¿O mas bien estas doctrinas conducen a otras conclusiones por lo que se refiere al origen último del movimiento?

62. «Demiourgésasa physis». *De part. anim.* I, 5, 645 a 9.

63. *Phys.* II, 8, 199 b 26.

Ante todo hay que tener en cuenta que «no se dicen en acto (enérgēia) todas las cosas del mismo modo, sino analógicamente...; pues, unas cosas como movimiento respecto a potencia, y otras como esencia (ousía) respecto a cierta materia»<sup>64</sup>. Hay, pues, que distinguir los sentidos con que Aristóteles usa el término filosófico «estar en acto» o «ser acto»; los dos sentidos más propios de «estar en acto» se refieren al estar en acto respecto al movimiento y al estar en acto respecto al existir<sup>65</sup>. Y de estos dos sentidos el originario es el estar en acto respecto al movimiento; de tal manera que el acto de existir parecería exigir siempre alguna referencia al estar en movimiento; así lo dice expresamente Aristóteles:

«El vocablo "enérgēia" que es tomado junto con "entelegeia", se ha originado sobre todo de los movimientos; pues la "enérgēia" parece ser principalmente el movimiento, por lo cual no se atribuye el moverse a lo que no existe, sino ciertos predicados como que lo que no existe es pensable y deseable, pero no movido, y eso en cuanto que no existiendo en acto (enérgēia) podrá existir en acto (energeia). Pues algunos seres de los que no existen están en potencia (dynamēi); y no existen porque no están en acto (entelegeia)»<sup>66</sup>. Así pues, el «estar en acto» se dice originariamente de lo que se mueve; es una opinión común («dokei»), según Aristóteles, que no discute y que acepta; y por ser éste el sentido originario del estar en acto, de lo que no existe en acto no se dice nunca que se mueva; es más, si se lo concibe y desea como ser, es porque pasará de la potencia al acto; a través del cambio, se entiende. Por tanto, todo lo que está en potencia respecto al existir, al pasar al acto, realizará el acto respecto al existir actualizando un cambio; por otra parte, todo lo que está en acto respecto al cambio existe. No se lee en este texto que todo lo que existe en acto tenga relación con la actualidad del movimiento<sup>67</sup>; pero tampoco es necesario justificar con pasajes entresacados de la obra de Aristóteles, que cuanto existe en acto, aun lo inmóvil, tiene relación con la eterna actualidad del movimiento; la misma «ousía» que es «enérgēia», descrita en *Metaphys.* XII, 7 como trascendente e inmóvil, tiene relación con el movimiento, aunque sea una relación extrínseca: su existencia es inferida a partir de la eternidad del movimiento, en cuanto causa de movimiento.

64. *Metaphys.* IX, 6, 1048 b 6 y ss.

65. El infinito, el vacío y cuantas cosas son tales se dicen «acto» sin que ese acto pueda llegar a realizarse separado de la potencia a no ser en el pensamiento. *Metaphys.* IX, 6, 1048 b 9-17.

66. *Metaphys.* IX, 3, 1047 a 30-b 2.

67. Que todo lo que existe en acto se mueva actualmente, está excluido expresamente en la primera línea de este texto; cf. W. D. Ross, *Aristotle's Metaphysics*, Oxford, 1958, vol. II, Commentary, p. 261, a las palabras «kai epi tà álla» de la línea 31. Sería por otra parte una afirmación extraña a la filosofía de Aristóteles. No es «que todo lo que está en acto se mueve», sino «que todo lo que está en acto tiene relación con el movimiento, bien como motor, bien como movido».

Es necesario, pues, tener en cuenta y distinguir los dos sentidos en que Aristóteles usa el «estar en acto»; ese «acto» puede referirse a algo que existe actualmente o a algo que actualmente está cambiando. Según esto, habrá que distinguir también dos sentidos en la potencia pasiva: posibilidad de ser y posibilidad de cambiar accidentalmente; y ambos sentidos habrá que distinguir en lo que causa el paso del no existir al existir y del existir de esta manera a existir de aquella otra sin cambio substancial<sup>68</sup>.

Es necesario tener también en cuenta, que, por ser la actualidad del cambio el sentido originario del acto y por desconocer Aristóteles la posibilidad del paso del no ser absoluto al ser, cuando dice de algo que «está en acto», frecuentemente deja sin aclarar si ese estar en acto se refiere al existir o al moverse. Recuérdese el pasaje de *Metaphys.* XII, 6 en que demuestra la necesidad de que exista alguna «ousia» eterna en acto; la posibilidad de confundir el «estar en acto» respecto al existir y respecto al movimiento es sin duda la razón de lo embrollado del razonamiento, tras su aparente sencillez, y de la multiplicidad de esquemas a que ha sido reducido<sup>69</sup>.

La aplicación de estas precisiones es obligada al tratar de hallar una respuesta a la cuestión, que nos planteamos: si el motor inmóvil transcendente, omniperfecto y causa final, descrito en *Metaphys.* XII, 7 y 9, es una conclusión lógicamente coherente con la doctrina del acto y la potencia y demás premisas utilizadas por Aristóteles en *Metaphys.* XII, 6 al inferir la existencia del motor.

Es evidente que el primer motor existe en acto esencialmente. No podrá no existir; pues lo que puede no existir, en algún momento no existirá, del mismo modo que lo es posible, existirá en algún momento<sup>70</sup>; y si en algún momento el primer motor no existiera, es decir, si pudiera no existir, quedaría sin explicar la eternidad del movimiento. De ahí, pues, que el primer motor es acto por esencia, excluye toda potencia respecto al acto de existir. Ahora bien, ¿qué significa para Aristóteles el existir en acto de modo que toda posibilidad de no existir quede excluida?

Para Sto. Tomás el existir en acto de modo que toda posibilidad de no existir queda excluida, es el existir mismo: «Ipsum esse per se subsistens»;

68. Podría parecer que esta distinción se sale de los principios fundamentales de la filosofía de Aristóteles; Aristóteles acepta como axiomático que del no ser nada se hace. Es claro que cuando se alude al paso del no existir al existir, en este contexto, se alude a la generación.

69. Cf. D. Composta, *Oggetto e aspetti de la prova dell'esistenza del motore immobile nel libro XII della Metafisica*. Salesianum, Torino, 1957, pp. 626 y ss.

70. *Metaphys.* IX, 4, 1047 b 3-5.

y por tanto «la actualidad de todas las cosas»<sup>71</sup>; la razón formal de la existencia de una cosa para Sto. Tomás no es la esencia de esa cosa sino su existencia; dicho en otras palabras, distingue entre el «quod est» y el «quo est». De ahí que el «ipsum esse» sea «actualitas omnium formarum», y omniperfecto por ser acto de existir sin posibilidad de no existir en acto.

Para Aristóteles, en cambio, el acto de existir sin posibilidad de no existir no significa más que existencia sin principio ni fin en el tiempo; esto es lo que él llama eternidad. Por esto, según Aristóteles, no es sólo uno el ser que tiene la existencia en propiedad; no es uno sólo el ser cuyo acto de existir excluye toda posibilidad de no existir. Además del primer motor inmóvil existen en acto excluyendo toda posibilidad de no existir: los primeros principios, el movimiento eterno, los eternamente movidos. Y estos seres existen en acto excluyendo toda posibilidad de no existir, porque aquello en que consisten no admite lo contrario; y porque, si ellos no existieran, no existiría ninguno de los seres que puede existir y puede no existir.

Al demostrar la prioridad ontológica del acto respecto a la potencia resume Aristóteles la doctrina que acabamos de exponer con estas palabras: «...Por consiguiente, ninguno de los seres absolutamente impercederos existe en potencia absolutamente —pero nada impide (que sea percedero) en cuanto a algo, como cualidad o lugar—; por lo tanto todos ellos en acto («energeia!»); ni (existe absolutamente en potencia alguno) de los seres que existen necesariamente —aun los mismos principios; pues si estos no existieran, nada existiría— ni tampoco (existe absolutamente en potencia) el movimiento, si hay alguno eterno; y si existe algún movido eterno, no existe como movido en potencia (Katà dynamin) sino en cuanto que ahora está aquí y ahora allí —y su materia en nada impide que esto sea posible— por lo cual siempre están en acto («aei energei») el sol, los astros y todo el cielo, y no hay que temer que se paren alguna vez, como temen los físicos. Pues no fatiga ésto a los que están corriendo, porque su movimiento no consiste en la posibilidad de lo contrario, como es el (movimiento) de los seres percederos, de tal manera que resultara trabajosa la continuidad del movimiento...»<sup>72</sup>.

Así pues, el primer motor existe siempre en acto, es «enérgeia»; pero no como «actualidad de todas las cosas», sino como lo son el movimiento continuo de los astros, los astros, los primeros principios y cuanto para Aristóteles existe eternamente o por necesidad.

Está, pues, en acto siempre respecto al existir. No así respecto al mo-

71. *Summa Theol.* I, q. 4 a 1-3.

72. *Metaphys.* IX, 8, 1050 b 16-27.

verse pues es inmóvil; no es sujeto, ni siquiera del cambio de lugar. Pero la razón de su inmovilidad no es que exista siempre en acto, pues otros seres existen en acto y sin embargo son sujeto de cambio. Ni deduce Aristóteles en *Metaphys.* XII la inmovilidad de la «ousía» que es «enérgeia» de su ser «enérgeia»; la tesis a demostrar la formula en las primeras líneas del capítulo sexto en estos términos: «...hay que demostrar que es necesario que exista alguna "ousía" eterna *inmóvil*»<sup>73</sup>. Pero de la inmovilidad de esa «ousía» no vuelve a hacer mención hasta que al comienzo del capítulo séptimo razona así: «...y existe algo que se mueve siempre con movimiento interminable y éste circular —esto es evidente no sólo por razón sino también por experiencia— de tal manera que el primer cielo ha de ser eterno. Existe, por tanto, algo que mueve. Y puesto que lo movido y motor es intermedio, existe consecuentemente algo que mueve no movido, que es eterno, «ousía» y «enérgeia»<sup>74</sup>. Este razonamiento, mediante el cual deduce Aristóteles la inmovilidad de la «ousía» que es «enérgeia», es el resumen más breve posible de la argumentación que expone en el capítulo quinto de *Phys.* VIII. El primer motor por tanto, no está en acto respecto al estar moviéndose; pero esto, ni en *Metaphys.* XII es deducido de su existir en acto, sino de principios físicos.

Si el primer motor está siempre en acto respecto al existir, y nunca puede estar en acto respecto al moverse, excluye toda potencia pasiva respecto al cambio, bien sea absoluto, bien respecto a la cualidad, a la cantidad o al lugar. Ahora bien, puesto que, lo que está en potencia no pasa al acto sino por algo que ya está en acto, el primer motor tendrá alguna función respecto al paso de la potencia al acto de los demás seres; y su función podrá estar relacionada causalmente, o bien con el acto de existir de los otros seres, o bien con el acto de moverse de los seres que están en movimiento. Hay otras realidades además del primer motor, que tienen el acto de existir por sí mismos; todas las realidades eternas: la materia, la forma, los siempre movidos, e incluso el movimiento eterno de éstos. También estos seres, puesto que existen siempre en acto, tendrán alguna función respecto al paso de la potencia al acto de los seres que están en potencia, bien para existir, bien para cambiar accidentalmente. ¿Cuál es en este sentido la función de cada uno de los seres que existe siempre en acto, y cuál en particular la del primer motor inmóvil?

Los seres que no son eternos comienzan a existir por medio de la generación, que es un pasar de estar en potencia al existir en acto. La exis-

73. *Metaphys.* XII, 6, 1071 b 4-5.

74. *Metaphys.* XII, 7, 1072 a 20-26. Cf. W. D. Ross, *Aristotle's Metaphysics*, Oxford, 1958, vol. II, Commentary, p. 374, a la línea 24, para la lectura de «...Kinoúmenon Kai Kinoún méson...».

tencia como acto se lo deben los seres que comienzan a existir a la forma o esencia que los constituye. Aquello en que consisten y aquello por lo que existen los seres percederos no son para Aristóteles realidades distintas; ambas, la esencia y la existencia de cada ser, son el acto y forma de ese ser <sup>75</sup>. Ahora bien, la forma, que es acto del ser engendrado, no es engendrada; como tampoco la materia o potencia en que esa forma se realiza <sup>76</sup>, sino que ambas, materia y forma son eternas, existen siempre. Lo que comienza a existir y deja de existir es la unión de materia y forma. ¿Quién produce esa unión?, ¿quién provoca la existencia de la unión de la materia y la forma? No es alguna forma que existiera en acto separada de la materia, suponiendo que tal forma fuera posible; pues la generación a partir de ella sería algo sin sentido <sup>77</sup>. Es la misma forma del producto, en cuanto existe en acto constituyendo y haciendo existir otro ser concreto: «lo que produce es de la misma naturaleza que el producto» <sup>78</sup>. De tal manera, que incluso en los productos artificiales ocurre como en los naturales: la unión de la forma y la materia del producto artificial es producida por una forma del mismo nombre que la del producto, y que actualiza, en parte al menos, al artifice <sup>79</sup>.

Así pues, en toda producción son las formas, que siempre existen en acto, causas eficientes y formales del producto; eficientes, en cuanto existen en acto en otro ser concreto, que tratándose de un cambio substancial es específicamente igual al producto: «Pues siempre de lo que está en potencia es engendrado lo que existe en acto (energeíai) como el hombre por el hombre, el músico por el músico, existiendo siempre algún motor anterior; y el motor ya existe en acto. Se ha dicho en los tratados (lógois) dedicados a la substancia (peri tês ousías) que todo lo que viene a ser, viene a ser algo, a partir de algo y por la acción de algo, y esto es lo mismo específicamente (toúto tói eidei tò autó). Por esto incluso parece imposible ser arquitecto no habiendo construido nada o tañedor de cítara no habiéndola tocado...» <sup>80</sup>.

Así explica Aristóteles que los seres existan en acto: los seres eternos, porque su naturaleza o modo de ser excluye toda posibilidad de no existir; los seres que comienzan a existir y dejan de existir tienen la razón de su existencia en la materia y forma eternas que los constituyen, y en la forma

75. *Metaphys.* VII, 17, VIII, 2.

76. *Metaphys.* VII, 9, 1034 b 7-14; cf. *Metaphys.* XII, 3; III, 4, 999 b 12.

77. *Metaphys.* VII, 9, 1033 b 19-29. Cf. W. D. Ross, *Aristotle's Metaphysics*, Oxford, 1958, vol. II, Commentary, pp. 188-89, a las líneas 19 y 21.

78. *Metaphys.* VII, 9, 1033 b 29 y ss.

79. *Metaphys.* VII, 9, 1034 a 21-26.

80. *Metaphys.* IX, 8, 1049 b 24-31. Para la referencia a «los tratados sobre la substancia», cf. *Metaphys.* VII, 7-9.

que es causa eficiente, en cuanto existe en acto en otro ser concreto de la misma especie. Se podría preguntar por la causa final de unos y otros; pues también la causa final es principio de existencia. La causa final de todo ser es su propio acto de existir y su forma, pues es para ellos lo mejor. El mal, como contrario del bien y del fin, es contrario del acto y de la forma; y es, por tanto, la no realización del acto de existir. Es el mal algo posterior a la potencia, pues ésta aún incluye la posibilidad de ambos contrarios. Por esto ni se puede concebir el mal como principio eterno que existiera siempre en acto, ni se puede concebir como separado de los seres individuales, pues es posterior a la potencia. «En los principios de los seres y en los seres eternos», al contrario, puesto que existen siempre en acto y excluyen toda posibilidad de no existir, «nada existe que sea malo, equivocado o destructible»<sup>81</sup>. La causa final, por tanto de cada cosa es su propio acto de existir; la de las cosas eternas, su existencia eterna; la de las cosas que comienzan a ser, el realizarse; la de las potencias activas, su ejercicio<sup>82</sup>.

Estas son, según las doctrinas metafísicas fundamentales de Aristóteles, las causas de la existencia de los seres que pueden ser y pueden no ser. Son las formas específicas, con su existencia necesaria en cuanto tales formas, las causas eficientes formales y finales, que justifican el paso de la potencia al acto de existir de los seres que pueden ser y no ser. Ninguna función, supuesta la eternidad de las formas y la materia, puede quedar reservada al primer motor inmóvil respecto al existir de aquellos seres contingentes. Tendrá por tanto el primer motor inmóvil la única función de mover, de producir un movimiento físico que no signifique actualización de una forma en una materia, ni aunque esta sea una materia segunda. Ahora bien, según las doctrinas metafísicas fundamentales de Aristóteles, el primer motor inmóvil, ¿qué mueve y cómo mueve? No trata Aristóteles expresamente esta cuestión en los *Metaphysica*, a no ser en el libro XII<sup>83</sup>; allí expone, que el primer motor inmóvil produce el movimiento de los seres eternamente movidos en círculo, y, a través de ellos, hace que generación y corrupción se sucedan; y que produce el movimiento eterno como causa final, como objeto de conocimiento y deseo: pero, ¿está de acuerdo esta solución con los principios en que debiera fundarse?

Para Aristóteles causa y efecto son unívocos, en cuanto que el acto de lo producido sólo puede provenir de un acto «sinónimo» (*ek synonymou*). Así, en los efectos cuya causa es natural la forma de lo producido es la forma del productor, tanto si la forma producida es substancial como si es

81. *Metaphys.* IX, 9, 1051 a 19-21. Cf., 1051 a 3 y ss.

82. *Metaphys.* IX, 8, 1050 a 7 y ss.

83. Cf. *Metaphys.* III, 8, 1012 b 30.

accidental: el hombre es engendrado por el hombre y el músico es enseñado por un músico. En los efectos de la «tékhne», el artefacto sólo puede ser producido por una causa cuyo conocimiento esté actualizado por la forma del efecto; así, nadie puede construir una casa sin tener idea de lo que la casa va a ser ni del arte de construir<sup>84</sup>. Esta doctrina que Aristóteles suele exponer al hablar de la generación de las «ousiai», en el sentido más extenso de «ousia»<sup>85</sup>, no es exclusivamente aplicada a las «ousiai»; expresamente la extiende a todas las categorías<sup>86</sup>.

Este principio que sirve de base doctrinal al conocimiento de las causas a través de sus efectos, sólo permite concluir a propósito de la naturaleza del primer motor inmóvil, que es una fuerza física en contacto con el movido (característica, esta última, según Aristóteles, de toda causa eficiente de un movimiento local). En efecto, toda otra especie de causalidad, que no sea la de producir el movimiento local en círculo de los astros, la absorben la materia y las formas eternamente realizadas en seres concretos. Incluso la causalidad del sol y de los otros astros es una acción puramente motriz: «...así, las causas de un hombre son, por una parte, los elementos fuego y tierra como materia, y la propia forma, pero además alguna otra causa externa tal como el padre, y junto con éstas el sol y el Zodiaco, que ni son causa material, ni formal, ni privación, ni *de forma semejante* (homoeides), sino motores (kinoúnta)»<sup>87</sup>. Los astros, que transmiten al mundo de la generación y corrupción la eficiencia del primer motor, sólo actúan mediante su movimiento local como motores; por otra parte, los astros son seres eternos que no deben la existencia a una causa extraña; por tanto, sólo queda al primer motor inmóvil la función de producir en los astros movimiento de lugar.

¿Qué conexión lógica puede establecerse entre la función del primer motor y la respuesta que da Aristóteles en *Metaphys.* XII, 7 cuando se pregunta cómo mueve el motor inmóvil? Responde Aristóteles que mueve el motor inmóvil como causa final objetiva, y esta respuesta le abre el camino para caracterizar el motor inmóvil como acto de pensarse a sí mismo, transcendente y perfecto. Sin embargo, la causalidad final del motor inmóvil choca con la única función bajo la que ha sido hallado, la de producir movimiento de lugar, y a esto es a lo que conducen las principales doctrinas metafísicas de Aristóteles, como hemos visto.

84. *Metaphys.* VII, 8, 1033 b 29-1034 a 8; 9, 1034 a 21 y ss.; XII, 3, 1070 a 4-9. Cf. W. D. Ross, *Aristotle's Metaphysics*, Oxford, 1958, vol. II, Commentary, pp. 354-55.

85. Cf. *Metaphys.* V, 8, 1017 b 10-14; VII, 2, 1028 b 8-13; VIII, 1, 1042 a 7-11.

86. *Metaphys.* VII, 9, 1034 b 7 y ss.

87. *Metaphys.* XII, 5, 1071 a 13-17. Cf. 6, 1072 a 9-15, y *De Gen. et Corr.* II, 10, 336 a 25 y ss. Antes hemos expuesto cómo según Aristóteles, la rapidez del movimiento de los astros hace que el aire que atraviesan se convierta en fuego; el calor producido favorece la generación, cuando el astro pasa cerca de la Tierra.



No hay conexión lógica alguna entre la función que cumple ese motor, producir movimiento local, y la afirmación de que mueve como causa final en cuanto conocido y deseado: ¿Qué desearían los astros del motor inmóvil? ¿Su existir eternamente en acto? Pero, ¿cómo podrían desear lo que tienen por naturaleza y no puede faltarles? Los astros son por naturaleza eternos, pues su materia no es sujeto de contrarios; también es eterno el movimiento con que se mueven, porque el movimiento continuo tampoco tiene contrario <sup>88</sup>.

La verdadera causa final objetiva y subjetiva («tinos» y «tini») de los astros, o las esferas, como lo es para otros seres, debe ser su propio acto de existir y de moverse, o quizás también el movimiento que producen en otros seres como resultado de su propio movimiento: «Pues la obra («érgon») es el fin («télos»), y el acto («enérgeia») es la obra; por esto el vocablo «enérgeia» deriva de «érgon» y tiende a significar lo mismo que «enteleígeia». Y aunque lo último en algunos casos es el ejercicio —como de la facultad de ver el acto de ver, y no es producida ninguna otra cosa por la facultad de ver además de este acto— mientras que en otros casos es producido algo —como del arte de construir, una casa, además del acto de construir— sin embargo, en aquellos no falta el fin, y en estos el fin se da aparte de la potencia» <sup>89</sup>.

Aplicando esta misma doctrina al primer motor inmóvil hay que concluir que el primer motor inmóvil, como todo motor, tiene como causa final el movimiento que produce; y puesto que el fin de un ser es su acto, el movimiento producido por el primer motor será su fin y su acto. Esta conclusión es confirmada por la doctrina que Aristóteles expone en otro pasaje: «También es evidente que el movimiento se da en el movido; pues el acto («enteleígeia») de éste existe por la acción del que mueve. Y el acto («enérgeia») del que mueve no es otro. Pues es necesario que (el movimiento) sea el acto («enteleígeian») de uno y otro; pues del motor es propio el mover en cuanto que tiene esa capacidad, y es motor en cuanto que actúa («enérgeia»), pero su propiedad de actuar («energetikón») la ejerce sobre el movido; es uno solo el acto («enérgeia») de ambos, de modo semejante a como es el mismo el intervalo del uno respecto al dos, y del dos respecto al uno, o del estar arriba respecto al estar abajo, no siendo sin embargo uno solo su ser; así también entre motor y movido» <sup>90</sup>. Estas doctrinas lejos de conducir a un motor inmóvil que mueva como causa final, hacen pensar que es el movimiento producido por él su causa final y la del movido.

88. Cf. *Metaphys.* VIII, 8, 1050 b 20 y ss.

89. *Metaphys.* VIII, 8, 1050 a 21-28.

90. *Metaphys.* XI, 9, 1066 a 26-34.

Podría surgir una dificultad: ¿cómo sería inmóvil el primer motor si es causa eficiente del movimiento eterno y si este movimiento es su causa final? En efecto, en *Metaphys.* XII, 7 dice Aristóteles que la causa final «tini» no se da en los seres inmóviles <sup>91</sup>. La respuesta a esta dificultad podría encontrarse en *Phys.* VIII, 9, 10: el motor, que por ser causa eficiente tendría que estar en contacto con el movido, estaría situado en la periferia o en el centro del todo esférico, y más bien en la periferia, pues allí es más rápido el movimiento <sup>92</sup>; por otra parte, la periferia y el centro de una esfera en rotación pero sin translación son inmóviles, pues no se da en ellos cambio de lugar <sup>93</sup>.

Lo mismo que las doctrinas físicas fundamentales, las doctrinas metafísicas fundamentales de Aristóteles sirven de base a la idea de un motor inmóvil, que es fuerza física eterna en contacto con el movido por ser causa eficiente cuyo acto y fin es el movimiento circular y eterno del cielo. Algo se concluye de los principios metafísicos de Aristóteles, que no está incluido en la imagen que describe del primer motor en *Phys.* VIII: que el primer motor sea «ousía» por ser las «ousiai» los primeros de los seres <sup>94</sup>. No contradice, sin embargo, esta idea el conjunto de las que perfilan el motor inmóvil en *Phys.* VIII; sin duda resulta más lógico entender a esta realidad primera como una fuerza substantivada, que como una facultad del primer movido. Pero indudablemente esta determinación del primer motor como «ousía» no implica que esté separado de todo lo sensible ni que mueva como causa final. Mientras la materia y las formas y el movimiento sean para Aristóteles eternos, es decir, existan de modo que no puedan no existir, y sean las formas causas eficientes y finales a la vez que constitutivas, para el primer motor, substancia o no, no queda otra misión que la de existir produciendo eternamente el movimiento local eterno; pues éste sin aquél carecería de uno de los elementos imprescindibles a todo movimiento, el motor. Siendo ésta la misión del motor inmóvil, su única caracterización, lógicamente coherente, será la que corresponde a la misión que desempeña: fuerza física siempre en acto, porque siempre está siendo causa eficiente en acto del movimiento local de la primera esfera, con la cual debe estar en contacto como todo motor físico con su movido.

91. *Metaphys.* XII, 7, 1072 b 1-3.

92. *Phys.* VIII, 10, 267 b 6-9.

93. *Phys.* VIII, 9, 265 b 1-8.

94. *Metaphys.* VII, 1; XII, 1, 1069 a 15-30; 6, 1071 b 2-6, etc.

### III. Conclusión.

Tanto las doctrinas físicas fundamentales en el pensamiento de Aristóteles como sus doctrinas metafísicas fundamentales conducen a la necesidad de que exista un motor inmóvil cuyas peculiaridades tienen que ser las siguientes: tiene que ser una fuerza física infinita por adición, causa eficiente del movimiento continuo de lugar del universo y, por lo mismo, en contacto físico no recíproco con la superficie esférica del universo. Y estos son los caracteres con que describe Aristóteles al primer motor en *Phys.* VIII.

No da esto lugar a inconsecuencias dentro de la doctrina de Aristóteles. En primer lugar, como ya vimos, Aristóteles exige que entre una fuerza física y lo movido por ella exista contacto, y que el motor sufra la reacción del movido <sup>95</sup>; ambos fenómenos, el contacto mutuo y la reacción, son excluidos por el mismo Aristóteles en el caso del primer motor inmóvil, sin salir del orden físico <sup>96</sup>. El motor inmóvil toca al movido sin ser tocado por éste, como decimos que el que nos ocasiona una molestia nos toca sin que nosotros lo toquemos. De este modo se excluye, también en el caso del motor inmóvil, sin salir del orden físico, la reacción del movido sobre el motor <sup>97</sup>.

Por otra parte la inmovilidad del primer motor, aunque esté en contacto con el movido, está asegurada por el reposo relativo de la esfera que gira en torno a su eje <sup>98</sup>.

Tampoco hay dificultad, en fin, en la localización del primer motor porque sea algo inextenso y carente de magnitud: Tiene que ser inextenso (es otra de las doctrinas que Aristóteles repite literalmente en *Phys.* VIII y *Metaphys.* XII) porque es una fuerza infinita, se desarrolla a lo largo de un tiempo infinito, y si tuviera magnitud sería un infinito en acto; este último para Aristóteles es imposible. Por otra parte, este motor inextenso tiene que estar en contacto con el movido, pues es una fuerza física, causa eficiente de un movimiento físico; por tanto tendrá que estar presente, bien en todas las partes del movido, bien en alguna en particular; a Aristóteles le parece más indicada la periferia de la última esfera que ninguna otra parte. Ahora bien, Aristóteles no tiene dificultad alguna para localizar de este modo el primer motor aunque sea inextenso: Las cosas extensas rodeadas por otras están en el lugar por sí mismas; las demás cosas, las que carecen de extensión, como el alma, y las que siendo

95. *Phys.* III, 2, 202 a 3-7.

96. *Phys.* III, 1, 201 a 23-29.

97. *De Gen. et Corr.* I, 6, 323 a 25 y ss. Cf. *Phys.* VIII, 10, 267 b 6-9.

98. *Phys.* VIII, 9, 265 b 1-8.

extensas no están rodeadas por otras cosas extensas, como el primer cielo, están en un lugar accidentalmente <sup>99</sup>.

Por el contrario, la naturaleza del primer motor es descrita en *Metaphys.* XII, 7 y 9 como realidad transcendente, la más perfecta, cuya vida es acto de pensar su propio acto, y que, por ser tal, produce el movimiento del universo como causa final objetiva en cuanto objeto de conocimiento y deseo. Esta concepción del motor inmóvil no se puede deducir coherentemente de las doctrinas físicas y metafísicas fundamentales de Aristóteles. Y sin embargo, es esta concepción del motor inmóvil la que en verdad resulta más satisfactoria y la que puede resolver dificultades importantes que plantea la filosofía de Aristóteles en sus mismos principios. ¿Qué sentido puede tener en la obra de Aristóteles esta concepción del motor inmóvil no acorde con sus doctrinas fundamentales, pero tan elevada que supone uno de los momentos más sublimes en la historia del pensamiento? He ahí una cuestión que esperamos poder abordar próximamente en otro trabajo.

---

99. *Phys.* IV, 5, 212 b 3-13.